

# ¿Dónde está la inversión privada?

La actual estrategia de enajenación de activos públicos se ha caracterizado por su cacofonía. Está ausente el objetivo de lograr una mayor eficiencia administrativa, y la búsqueda de este fondeo complementario oscurece las posibilidades de la ineludible reforma tributaria estructural.

Al llegar Duque, minhacienda había anunciado que buscaría elevar del 12 al 22 % la participación accionaria privada en Ecopetrol. Eso lucía apropiado en momentos en que el petróleo repuntaba de US\$ 45 en 2016 a US\$ 70 en 2018, un +10 % del valor de largo plazo.

Aplaudimos entonces esa iniciativa y sugerimos ampliar las enajenaciones de Cenit y la mayoría accionaria de ISA. Estaba quedando atrás la destorcida energética global y, además, Colombia tenía una buena lectura económica (con “grado de inversión”) y hasta política (tras la derrota del petrochavismo). Ese paquete, en 2018-2019, hubiera sido de muy buen recibo por inversionistas internacionales, con potencial de US\$ 10.000 millones (3 % del PIB) en dineros frescos provenientes del sector privado.

Pero nuestro ‘Llanero Solitario’ Carrasquilla quedó en el ostracismo a manos de un mininterior que hacía las veces de ventrílocuo uribista en 2018-2019. Olvidaba que habían ocurrido bajo Uribe I (2002-2006) las privatizaciones de Telecom, Emcali, Enertolima y el primer 10 % de Ecopetrol. Todo ello había mejorado la gestión, gracias



## La venta de ISA

Sergio Clavijo

a la incidencia del sector privado y a cerca de 500.000 nuevos accionistas que creyeron en ese nuevo mandato corporativo.

Bajo Uribe II (2006-2010), ello se ahondaría con privatizaciones de las energéticas de los Santanderes, de Cundinamarca y la porción inicial de Isagén que lograría concretar Santos I (2010-2014). Lo interesante de todo este proceso es que no se trataba tanto de allegar recursos de privatizaciones, habiendo todo ello totalizado tan solo 1 % del PIB, sino de la búsqueda de eficiencia a manos del sector privado. Eran evidentes el desgreño de esas corporaciones públicas y los negativos efectos sindicales al vetar estrategias que incrementarían el ebitda, pero ellos anteponian la ideología sobre la mejor gestión de lo público.

Duque no parece haber aprendido mucho de tan exitosas experiencias de privatizaciones por parte de Uribe y Santos durante 2002-2018. Cabe recordarle cómo Isagén fue adquirida por un fondo canadiense que trajo *know-how* e inversión extranjera di-

recta fresca por 1 % del PIB. Estos recursos no solo aliviaron el frente externo, sino que permitieron apalancar mayor inversión en infraestructura a través de la FDN.

El propio Carrasquilla parece haber perdido también el norte de la mayor eficacia pública y anda proponiendo complejos ‘enroques’ financieros dentro de las empresas estatales, tipo ‘¿dónde está la bolita?’. Por ejemplo, Ecopetrol, en vez de ampliar su oferta de acciones frescas, ahora utilizaría el cupo del 8 % para hacerse con la mayoría del 51 % de ISA con un valor estimado de US\$ 4.000 millones.

El argumento de “diversificación” por parte de Ecopetrol es bastante débil. Allí persisten deficiencias administrativas y estratégicas frente a un sindicato que se opone a la venta de Cenit por razones ideológicas. Esto contaminaría negativamente a ISA. ¿Dónde está el interés del sector privado por un activo como ISA, que aún no ha caído bajo la incidencia sindical-ideológica?

Cuando se plantean alternativas de venta de ISA a entidades territoriales, como EPM o el GE Bogotá, siempre nos queda la duda de la incidencia política en negocios de largo plazo. Allí debe primar el manejo prístino, optimizando el negocio, y no los criterios de ‘vacas fiscales-lecheras’, tal como ha venido ocurriendo con Ecopetrol durante 2015-2020. Las malas experiencias territoriales deben prendernos las alarmas sobre contaminación de la futura gestión de ISA.